

EL TERRORISMO DE ESTADO NORTEAMERICANO

“La Administración [de Reagan] ha lanzado una agresiva campaña antiterrorista y, sin embargo, al parecer nosotros estamos realizando las mismas actividades terroristas que criticamos en otros.”

Senador Claiborne Pell

Al subir al poder del país más poderoso de la tierra en 1981, Ronald Reagan afirmó que su administración concedería a la lucha contra el terrorismo la misma importancia que la administración de su predecesor, el señor Jimmy Carter, había concedido a la defensa de los derechos humanos. Este cambio no representaba una simple variación de énfasis o tono; representaba un cambio radical de perspectiva. Como ha ocurrido en conjunto con la política norteamericana, tanto la interna como la internacional, se han dejado de lado los intereses de las mayorías pobres para propiciar los intereses de las minorías ricas. La defensa de los derechos humanos representa en el mundo actual uno de los principales mecanismos de la conciencia internacional para salir en defensa de los pueblos oprimidos; por el contrario, el ataque contra el terrorismo se ha constituido de hecho en la bandera ideológica de los gobiernos establecidos para denigrar y aun aplastar con buena conciencia a sus enemigos.

Terrorismo, nos lo dice el diccionario, es “dominación por el terror,” la “sucesión de actos violentos ejecutados para infundir terror.” Los salvadoreños que han visto a muchos miles

de sus familiares sacados en la noche de sus casas por “hombres fuertemente armados vestidos de civil,” familiares que desaparecían para siempre o aparecían arrojados en barrancos o basureros, saben muy bien lo que es terrorismo. Los campesinos evangélicos de la zona del Mozote (Morazán), que vieron sus casas arrasadas, sus mujeres violadas y pilas de niños, jóvenes y ancianos asesinados y quemados por el primer batallón entrenado por norteamericanos, el “Atlacatl,” saben también muy bien lo que es terrorismo.

En un interesante libro sobre el terrorismo contemporáneo, Frederick J. Hacker afirma que existen dos tipos de terrorismo: uno desde arriba, ejercido por el aparato estatal o paraestatal, y otro desde abajo, realizado por los grupos sin poder. El terrorismo desde arriba busca el mantenimiento del orden establecido y se constituye en su propia justificación: es bueno porque así se mantienen “la ley y el orden,” que precisamente justifican y aun requieren su empleo contra la población. Por el contrario, el terrorismo desde abajo se basa en “la percepción y experiencia de una injusticia y en la creencia de que esa injusticia es, no natural o inevitable, sino arbitraria, innecesaria y remediable.”

Uno de los mecanismos esenciales al ejercicio del terrorismo es el establecimiento de su propia justificación, por lo general ligada a una redefinición puramente lingüística. Así, el acto que se condena en el contrario como “asesinato” se transforma en “heroica defensa de la patria.” Como ha subrayado Noam Chomsky, el lenguaje impuesto desde el poder ha reducido la significación de terrorismo “a la violencia al por menor de quienes se oponen al orden establecido.” De

OPERACIONES PSICOLÓGICAS EN GUERRA DE GUERRILLAS

este modo, terrorismo han sido los secuestros o ataques con bombas de los palestinos, pero no los bombardeos masivos sobre campamentos de refugiados de la aviación israelí.

En esto de crear su propio vocabulario, la administración Reagan se ha mostrado bien prolifera, comenzando por el propio Reagan: en su particular código antiterrorista, los dirigentes sandinistas son identificados como "bandoleros asesinos," mientras que los grupos antisandinistas reciben el glorioso espaldarazo de "luchadores de la libertad," terminología que obviamente se transmuta al penetrar en territorio salvadoreño. Nada de extrañar, entonces, que Jeane Kirkpatrick, representante norteamericana ante las Naciones Unidas, condone a los regímenes de Chile o Filipinas como simplemente "autoritarios," mientras fulmina a los gobiernos de Cuba o Nicaragua como "totalitarios." Por principio, un Pinochet cristiano, capitalista y "autoritario" siempre será mejor que un Allende ateo, socialista y "totalitario." A la luz de estos malabarismos ideológico-lingüísticos, nada de extrañar que todo el problema de la administración Reagan con el manual preparado por la CIA para los "luchadores de la libertad" antisandinistas haya

sido si el término "neutralizar" significaba "asesinar," o sólo "matar," o quizás sólo "hacer desaparecer" o, quizás, quizás (para eso están los diccionarios), "hacer neutral." Es bien sabido que, entre los antisandinistas, hay grandes lingüistas y puristas del idioma castellano dispuestos siempre a señalar el sentido exacto de la terminología bélica.

Lamentablemente, más allá de las palabras están los hechos. Y los hechos son que Estados Unidos, por medio de su Agencia Central de Inteligencia (CIA), ha minado los puertos nicaragüenses y han distribuido entre los antisandinistas un manual de "Operaciones psicológicas en guerra de guerrillas" que, entre otras cosas, invita a "contratar criminales profesionales para realizar tareas específicas," a propiciar motines y tiroteos que produzcan muertos a los que se pueda convertir en "mártires por la causa," e incluso a "neutralizar blancos cuidadosamente seleccionados y planteados, como jueces, policías o miembros de la seguridad estatal." Por si quedaba alguna duda sobre cómo se entiende en la práctica el término "neutralizar," Edgar Chamorro, dirigente de la Fuerza Democrática Nicaragüense antisandinista, ha aceptado públicamente que ellos han "matado gente a sangre fría," cosa reconocida en los propios informes de inteligencia norteamericanos sobre las actividades de los antisandinistas.



El minado de los puertos nicaragüenses y la elaboración y distribución de un manual guerrillero que estimula al terrorismo no son, con toda probabilidad, sino la punta de ese inmenso "iceberg" que es la guerra sucia y no tan secreta del gobierno norteamericano contra el actual gobierno nicaragüense, una guerra coherente con esa política de hegemonía continental tan propicia para alimentar el "chauvinismo" hollywoodesco de ciertos sectores norteamericanos, pero no los ideales de democracia de que tanto se precia el propio pueblo estadounidense. Como en el caso de Cuba, algún día tendrá que preguntarse la historia norteamericana en qué medida su obcecación ideológica y su terrorismo de Estado convirtieron a Nicaragua en una *self-fulfilling prophecy*, una profecía que precipitó lo que anunciaba, al impedir al régimen sandinista desarrollar una revolución nacionalista sí, pero pluralista y generosa. Pero, a la espera de ese siempre tardío veredicto de la historia, ya se pueden sacar algunas conclusiones más humildes.

La primera conclusión no por obvia deja de ser importante: toda la justificación del gobierno norteamericano para su apoyo a la guerrilla anti-sandinista es una burda mentira. Como en los tiempos de Vietnam y Watergate, la actual administración norteamericana y el propio Reagan es-

tán mintiendo sistemáticamente a su pueblo, a su Congreso y al mundo entero acerca de su guerra en Centroamérica. El control del tráfico de armas desde Nicaragua a la guerrilla salvadoreña no es más que una simple disculpa, como ha tenido que reconocer el congresista Edward P. Bolland, presidente del Comité de Inteligencia de la Cámara de Representantes norteamericana; el objetivo fundamental es desestabilizar al gobierno sandinista, obligándolo a desnaturalizar su revolución o forzando su fracaso y caída. Como en el caso de la invasión a Grenada, la decisión contra el gobierno sandinista por parte de la actual administración norteamericana se basa en una concepción estrecha de su seguridad nacional y de su particular pulso de fuerza con la Unión Soviética, pero nada tiene que ver con las necesidades del pueblo nicaragüense o con los anhelos de las mayorías centroamericanas. Por ello, no interesa la voluntad de Nicaragua de firmar el acta de paz de Contadora o el hecho de que un 67 por ciento de su población vote por los sandinistas en un proceso electoral bastante más abierto a la oposición que el ocurrido en El Salvador. La decisión de hacer la guerra es previa, y cualquier justificación será buena para llevarla adelante: detener el tráfico de armas a la guerrilla salvadoreña, el armamentismo sandinista o el desembarco de Migs rusos.



La segunda conclusión pone de manifiesto el cinismo moral con que se pretende amparar el terrorismo de Estado norteamericano. Al parecer, el crimen, el asesinato, el terror sólo son tales cuando quienes lo ejercen son los libios, los palestinos o los comunistas; pero, en manos de los "luchadores de la libertad," cualquier método es de hecho bueno. Por lo menos, es bueno mientras no se descubra. Porque, a la luz de los acontecimientos, bien se puede sospechar que habrá acciones equivalentes que se ejecutan para avanzar la causa antisandinista; y, en el mejor de los casos, no podemos menos de pensar que el minado de los puertos o el terrorismo promovido por el manual seguirían siendo ejecutados de no haber sido puestos en evidencia ante la conciencia pública. ¿Será que los principios morales sólo empiezan a regir para la CIA y la actual administración norteamericana cuando sus acciones son puestas de manifiesto? Por ello, no deja de sorprender el rasgarse de las vestiduras de algunos dirigentes estadounidenses; como acertadamente expresa Richard Cohen en un reciente artículo del *Washington Post*, "el Congreso no puede seguir escandalizándose al comprobar que, tras autorizar y financiar una guerra, esa guerra de hecho se esté luchando. (...) Más bien, el escándalo y el furor deberían reservarse para la misma guerra." O, como señalaba en un editorial el *New York Times*, "tras desautorizar el ma-

nual, el Presidente Reagan tiene ahora que reexaminar toda la 'guerra' que lo produjo."

La tercera conclusión puede parecer una sutileza, pero es quizás el hecho más contundente. La guerra contra el gobierno sandinista y las campañas de terror promovidas por el manual de la CIA, representan el más patente reconocimiento de que sólo a través del terrorismo se puede derrotar hoy día al sandinismo en Nicaragua. En los términos del ya citado Richard Cohen, "el manual de la CIA no constituye ni un escándalo ni un error, sino el reconocimiento de que sólo las mentiras y el terror pueden arrancar a los nicaragüenses de su gobierno." Más que la misma votación del 4 de noviembre, la resistencia cotidiana del pueblo nicaragüense a ceder a campañas de terror es prueba de su apoyo al sandinismo.

Como era de esperar, las investigaciones exigidas por Reagan sobre el manual han conducido a una exoneración de culpas morales de los miembros de la CIA y en el fondo, a una utoxoneración de la propia administración. Así, al Secretario de Estado, George Schultz, le puede seguir pareciendo fácil distinguir en el mundo "quiénes son los terroristas y quiénes los luchadores de la libertad." Pero, como ha dicho el senador Christopher J. Dodd, el manual de la CIA "convierte esta posición en una burla."

I. M. B.